

## RESEÑAS

DESPOIX, Philippe; FETSCHER, Justus (Eds./Hrsg.), *Cross-Cultural encounters and construction of knowledge in the 18th and 19th century. Non-European and European travel of exploration in Comparative Perspective./ Interkulturelle Begegnungen und Wissenskonstruktionen im 18. und 19. Jahrhundert. Außereuropäische und europäische Forschungsreisen im Vergleich.* Georg-Forster-Studien, nº 2. Kassel University Press, 2004, 410 pp. [ISBN: 978-3-89958-088-5].

Esta publicación reúne los resultados de un proyecto de investigación colectivo sobre la literatura de viajes («Expediciones, encuentros y conocimiento 1730-1830»), que ha sido desarrollado durante los años 1994 a 1999, sobre todo en Berlín y en la famosa biblioteca Herzog-August de Wolfenbüttel (sede de tres coloquios internacionales 1997-1999, ahora publicados). La biblioteca Herzog-August fue creada en 1572 y reúne cerca de medio millón de impresos anteriores al siglo XIX, con directores históricos como Leibnitz y Lessing. Este proyecto se centraba en diversas exploraciones científicas impulsadas por la Ilustración europea que han supuesto un papel decisivo en la historia del conocimiento del otro, y tenía como objetivo contrastar las contribuciones de las distintas naciones europeas, contraponiéndolas así mismo con las tradiciones y motivaciones de los viajes de exploración realizados desde otras culturas no europeas. Por ello, las aportaciones incluidas en este volumen se caracterizan por un enfoque internacional, ya que se presentan estudios ubicados en contextos regionales y temporales muy diversos; a su vez, provienen de autores de ocho países distintos y están redactadas en inglés (10), alemán (Richter, Despoix, Honold y Fetscher) y francés (Contarini). Hubo un representante español que estudió la pintura en la expedición Malaspina, el profesor José Vericat de la UCM, cuyo texto está en inglés, como otro francés sobre la circunnavegación de Bougainville. Otra faceta comparativa ('cross-cultural') de este trabajo es su enfoque interdisciplinario, al vincular autores procedentes de distintas disciplinas (naturales y sociales).

Más allá de estas características, que se pueden encontrar en numerosos estudios sobre literatura de viajes realizados en los últimos años, hay algunos aspectos en esta obra que pueden considerarse originales o incluso innovadores: uno de ellos consiste en que la época contemplada es central, delimitada entre el inicio de los grandes viajes de exploración de los estados más poderosos de Europa y el declive del viaje como forma de experimento científico (1730-1830). Además, casi todas las aportaciones se distancian de la visión tradicional de la historia de la ciencia y se insertan más bien en el enfoque nuevo y más amplio de la 'historia del conocimiento' (destacando los encuentros interculturales y la construcción del conocimiento en todas sus dimensiones, tanto en su elaboración como en su recepción social). Y, finalmente, hay que destacar el hecho de que este volumen no se limita a los viajes europeos, sino que los compara con la práctica y la literatura de viajes coetánea procedente de otras regiones culturales como China, Japón, el mundo árabe, e incluso el mundo esquimal (auto-llamado 'innuit') de Groenlandia. Tal vez, esta última faceta sea la más original, aunque sirvió finalmente para marcar más las diferencias que las semejanzas entre ambos mundos. La elección de un viaje chino del s. XVII (del intelectual Xu Xiake, 1636-41), otro

japonés poco posterior (Kaibara Ekiken, 1630-1714), de un sufi sirio (Mustafa al'Lafitî, muerto en 1711), y de unos esquimales ('innuit') de visita en Copenhagen (Pooq y Qiperok en 1724, y Pungujök en 1738) permite asomarse a experiencias de otredad diferentes a las europeas. Los tres primeros visitan su propio país, culturalmente hablando, mientras que los esquimales son llevados a Dinamarca por misioneros daneses o alemanes.

Para la presentación de estas quince contribuciones se optó por crear tres categorías, o secciones. La primera se dedica tanto a viajes europeos como no europeos, investigando la forma y práctica de expediciones realizadas en diferentes culturas. El objetivo consistía en presentar las distintas motivaciones 'interculturales' para estos viajes, siendo consciente de la falta de sincronía entre las civilizaciones del Oeste y las del Este, y también —como consecuencia— de las distintas épocas en las que las exploraciones tuvieron lugar.

La segunda sección se dedica a los viajes científicos realizados por parte de Europa en el marco de la Ilustración. El análisis enfoca la cuestión de las instancias reguladoras de la experiencia, la percepción y la concretización dentro de los viajes de exploración y, además, en la tensión contradictoria que caracterizan los intereses opuestos de parte de los gobiernos europeos.

Finalmente, la tercera sección estudia otro tema de gran relevancia al tratar con los relatos de viaje, la recepción social: distinguiendo la parte concerniente a hechos reales y, por otro lado, la relativa a la ficción o literaria exageración que se encuentra en ellos. Lo que interesa en este contexto es, sobre todo, la manera en que estas narraciones han sido el punto de inspiración para otros autores que incorporan esas experiencias en sus obras. Trataremos en orden las contribuciones individuales.

## I

Por lo que hace al caso chino, Andrea Riemenschnitter (de la Universidad de Zurich) escribe «Vocación viajera en china: XU Xiake y su viaje a la frontera meridional»). Se trata de un miembro aislado de la sociedad china que emprende un viaje al sur del país (incluyendo Vietnam y Tibet) sin ninguna intención de conquista, como suelen los viajes europeos del s. XVIII. Aunque los viajeros son misioneros o militares al igual que en Occidente, pero no siempre confían al relato su experiencia los pocos que viajan, ni éste suele ser siempre descripción real (a veces más bien materia de reflexiones místicas). En este caso, su viaje sucede a otros viajes previos al centro del mismo autor, siempre equipado con libros y con todo medio de protección para defenderse de ladrones, y hacerse comida y cama por sí mismo. Efectivamente, su ruta la desenvuelve a campo través, dispuesto conocer todo, incluso a costa de su vida: llevaba un diario que nos permite reconstruir su itinerario. Desgraciadamente no le interesaban todos los detalles naturales (por ejemplo, los volcanes), y casi nada de las historias humanas o costumbres. Al menos, en la etapa Míng había curiosidad por el mundo exterior, que cesa en las etapas posteriores de la conquista Manchú y el posterior proyecto neo-confuciano.

El trabajo de Steffi Richter (Universidad de Leipzig: «Estudio del viaje en Japón. Del *yûgaku* al *ryûgaku*») presenta dos formas distintas de viajes emprendidos por eruditos que tradicionalmente se llevaban a cabo en Japón. Esta forma de viajar se centraba en obtener datos concretos en todos los campos de la Historia Natural, aunque se trataba básicamente de descripciones topográficas y botánicas con alguna utilidad práctica. Como consecuencia, los resultados consistían sobre todo en meros apuntes, y no intentaban insertarse en una tradición literaria.

Tras el caso japonés, Ralf Elger (Universidad de Bamberg) nos traslada a otro universo cultural en su ensayo «Imágenes de la diversidad cultural dentro del mundo islámico en las guías de viaje». También en este mundo son menores los viajes al exterior que al interior, si bien compitieron con el cristianismo en conquistar el Océano indio o africano (y el Mediterráneo, añadiríamos): de hecho,

la mayor parte de los viajes forman parte de visitas de peregrinación religiosa o comercial. La diversidad que interesa al mundo islámico, aparte la territorial entre Oriente (*Mashriq*, cuna del Islam) y Occidente (*Maghreb*, periferia), es la urbano-rural y sobre todo la ortodoxa (*sunitas* u ortodoxos, vs. *siitas* o herejes de Irán), al menos hasta los viajes del s. XIX a Europa por parte de enviados de Mohammed Ali, desde Egipto. El autor inicia su relato de viaje con 18 años en 1629, y muere centenario en 1711 recorriendo Irán, India, Chipre, Etiopía y los Balcanes, hasta Belgrado donde trata no musulmanes. Su breve texto de 65 folios es muy escaso en las referencias locales, y termina asociando lo heterodoxo con lo no islámico, muy negativamente.

Michael Harbsmeier (de Copenhague: «Exploraciones invertidas: experiencias esquimales de Dinamarca, 1605-1932») se dedica a un tema sumamente interesante: la visión de Europa por parte de alguien de una cultura no europea. Harbsmeier reconstruye de qué manera los Inuits o esquimales exploraron y percibieron la capital danesa, como testigos de la colonización de Groenlandia (eligiendo a supervivientes excepcionales como Pooq y Qiperoq en 1724 o Pungujök en 1738, entre otros llevados por misioneros luteranos y moravos durante los siglos XVI y XIX). A pesar de que la fuente existente sobre esta experiencia inusual se basa en los apuntes de los misioneros que organizaban estos viajes, los documentos resultan ser ricos en sus observaciones antropológicas inversas, aportando una faceta interesante en la historia tradicional de las relaciones entre Dinamarca y la colonia polar de Groenlandia, precediendo también la versión de «Cartas persas» de Montesquieu (1721), tan exitosa en el s. XVIII. Lo importante es la reacción posterior de los pocos supervivientes a su regreso a Groenlandia, contando su experiencia, que ha terminado por constituir el origen de la literatura y la imprenta local.

Aparte la comparación exterior, también se aborda la comparación interior en Europa. Como es sabido, en todos estos viajes de exploración del siglo XVIII ha existido un crucial interés por definir y calcular el espacio geográfico, siendo ésta la clave para la exploración europea de lo desconocido. Philippe Despoix (Montreal: «Tecnología geodésica europea. Astronomía, Relojería, descubrimientos y la investigación acerca de la Longitud»), describe detalladamente los distintos esfuerzos realizados para identificar con precisión los lugares terrestres con un sistema de coordenadas geográficas y, particularmente, determinar la longitud. El autor explica además las implicaciones desplegadas en este proceso (técnicas, científicas, legales y políticas), los diferentes métodos que se desarrollaron y los conflictos diversos que surgirían a partir de las distintas teorías.

El trabajo titulado «Sociedades geográficas europeas y Etnografía (1821-1840)» de Harry Liebersohn (Urbana, Champaign) se centra en las instituciones que, además de los distintos gobiernos europeos, promovían la exploración del mundo: las sociedades geográficas. Se describen y contrastan la creación y el temprano desarrollo de distintas sociedades (en particular, de la *Société Géographique de Paris*, la *Royal Geographical Society* de Londres y la *Gesellschaft für Erdkunde* de Berlín), enfocando menos las diferencias nacionales que las semejanzas institucionales.

## II

Vanessa Agnew, de Ann Arbor, escribe «Estrategias de intercambio en los relatos de viaje del segundo viaje de Cook». Se parte del interés concedido por la Ilustración al comercio como instrumento e índice civilizatorio (Smith, Montesquieu...) para tratar luego de las instrucciones del almirantazgo recibidas por el capitán Cook (y anteriormente: Carteret-Wallis) para favorecer y controlar el intercambio entre ellos y las sociedades oceánicas visitadas, al contrario que otras expediciones europeas (menciona el descontrol al respecto en otras expediciones, como la española de Quirós). Se analizan con detalle las normas seguidas en la isla de los Amigos del archipiélago de Vavao (donde tanto Cook como Forster y Sparman deben regular el intercambio excesivo querido por ambos bandos, marinos e isleños), por contraste con su visita a Tierra de Fuego (donde ni unos ni

otros lo favorecen, y más bien son los isleños los que lo controlan) para preguntarse si se debe al proyecto marino o a la decisión local.

Por su parte, Yasmine Marcil analiza «La ambigua recepción del viaje de Bougainville en la prensa francesa», analizando cada uno de los medios (nacional e internacional, académica o de gran circulación, laico o religiosa) y su recepción diferente. Se constata la enorme proliferación editorial entre los años 60 y 80 de este viaje famoso con la poca recepción en revistas científicas, y se intenta comprender las causas: competencia inmediata con los viajes posteriores de Cook, diversidad de relatos en el caso de Tahití y crítica de los relatos referidos a Jesuitas... Apenas se alude al tratamiento de Diderot (*Suplemento al viaje de Bougainville...*) y otros filósofos, ni se le pone en cotejo con la cadena de expediciones nacionales e internacionales (Carteret-Wallis, Cook, Lapérouse, Malaspina, Kotzebue...), sobre las cuales creó y recibió un efecto cadena.

El profesor Vericat trata de «Encuentros pictóricos. Pintores en la expedición Malaspina», como culminación de una serie de ensayos dedicados a esta expedición desde los años 80. Siendo el único texto sobre el tema pictórico (aunque otros artículos tienen también ilustraciones) se concede a la representación iconográfica un estatuto propio, casi independiente del elemento textual, recurriendo a una apoyatura filosófica (Pierce, Eco...). Sin embargo, el tratamiento es individual y emblemático, pintor a pintor (Cardero para los encuentros con indígenas con la técnica fotográfica del claro-oscuro, y los más artísticos Brambila para los paisajes y Ravenet para los retratos), sin ocuparse de otros (Guío, Suria, Bauzá...). Tampoco se ofrecen comparaciones con otras expediciones, aunque se hacen interesantes cotejos con los teóricos especialistas para algunos de los cuadros emblemáticos estudiados (Boas y Lévi-Strauss, para el arte de la costa Noroeste).

Silvia Contarini escribe su trabajo sobre «François Levaillant, un viajero ilustrado entre la historia natural y la etnografía»: famoso viajero al África dedicado a la ornitología, pero también curioso de los hábitos hotentotes. Crítico de los sabios de gabinete como Buffon, confiaba en su propio criterio de descripción y nomenclatura (atenido más bien a los nombres locales), por lo que no le importaba coincidir con Linneo, y sus tempranas clasificaciones no pudieron competir con las de éste y sus discípulos. En ello se parece a Rousseau, que pide mejores descripciones que clasificaciones, y no a Bougainville o Buffon, los ideólogos, si bien parece haber usado los consejos ‘científicos’ de la *Société des Observateurs de l’Homme* (SOLH).

### III

En cuanto a la diversas narraciones y recepciones de los viajes, vuelve a resaltar la diversidad. Esto lo demuestra primero Alexander Honold en el caso de Friedrich Hölderlin y Jean-Jacques Rousseau, que se ocuparon del viaje de circunnavegación de Georg Anson realizado entre 1740 y 1744 («La circunnavegación de los mares. El viaje de George Anson y su recepción en Hölderlin y Rousseau»). Aquí Honold describe y compara los aspectos del viaje con los que se habían identificado ambos autores y qué impacto tuvieron en sus respectivas obras.

Otro ejemplo es el artículo de Justus Fletscher «El viaje al Pacífico entre los años 1760 y 1770 en la Literatura alemana», en el que analiza el tema con el ejemplo de Georg Forster y otros contemporáneos suyos (Friedrich Wilhelm Zachariä, Jens Baggesen), ofreciendo explicaciones de las particularidades de la recepción alemana, que se sitúan sobre todo en el contexto político-histórico.

La especialista Assenka Oksiloff, de New York, en su ensayo «Del panorama al primer plano, en el viaje de Adelbert Chamisso alrededor del mundo» trata la difusión diferente de los escritos de viajes de un mismo autor. Chamisso es otro de los viajeros que aplica las recetas de la SOLH de París, especialmente en el estudio de gramáticas comparadas, cuando Otto von Kotzebue le elige como naturalista en su viaje alrededor del mundo, financiado por un noble ruso. Antes de eso, había escrito una novela mundialmente famosa («El hombre sin sombra»), pero termina exilado de por

vida de su patria francesa —y posteriormente alemana—, al desarrollar una vida de científico positivista absolutamente entregada. Se valora este exilio permanente de sus dos patrias de origen, recogido como un drama en su diario, como la base de su sensibilidad etnográfica (al modo de Malinowski).

Finalmente Robert Stockhammer, de Berlín, escribe «Sobre la navegación salvaje de Melville, Inversión de Cook». El famoso autor de *Moby Dick* (1851) —la famosa ballena blanca perseguida hasta la muerte por el ballenero capitán Ahab— no sólo estaba familiarizado con el mar —como muestra la novela hasta el aburrimiento— sino con la historia particular del capitán Cook. Era famoso Cook por su uso de mapas y el cuadrante, y el viaje del capitán Ahab parece prescindir de toda ayuda instrumental para buscar la ballena: en ese sentido, sería un viaje invertido, además por su carácter obsesivo o la contratación de Queequeg (nativo salvaje de una isla del Pacífico).

Lo que destaca muy positivamente en esta interesante suma de contribuciones es que su tema es enfocado desde muchas perspectivas distintas. Los autores son especialistas en diversas disciplinas que trabajan con metodologías diferentes, y en regiones y épocas muy diversas. De especial interés en este contexto es la inclusión de viajes de exploración organizados desde territorios no europeos y su contraste con la común ambición nacional que caracteriza a la exploración europea. Como resultado mayor se ha logrado, dentro de un acercamiento multidisciplinar, un estudio integrado a partir de la conexión teórica de los distintos trabajos entre sí.

Fermín DEL PINO-DÍAZ  
CCHS-CSIC

Sandra REBOK  
Área de Cultura Científica-CSIC

DESMOND, Adrian; MOORE, James, *Darwin's Sacred Cause. Race, Slavery, and the quest for human Origins*, London, Allen Lane, London, 2009, 483pp., [ISBN: 978-1846140358]

Nos encontramos ante una obra sumamente interesante desde numerosos puntos de vista, pero que destaca especialmente por dos aspectos. El primero es que el libro proporciona un conjunto valiosísimo de aportaciones novedosas al conocimiento de la biografía de Darwin —tema al que los autores ya han dedicado un libro con anterioridad— *Darwin: The Life of a Tormented Evolutionist* (1994)—. En este sentido, la presente obra resulta un ejercicio altamente meritorio, como resultado de un excelente trabajo de documentación biográfica sobre fuentes primarias poco conocidas, tales como las anotaciones de lectura realizadas por Darwin sobre sus propios libros, su correspondencia personal, sus cuadernos de trabajo, así como todo un voluminoso conjunto de fuentes manuscritas hasta ahora poco conocidas fuera del ámbito de los especialistas en Darwin. En ese sentido, el presente trabajo aporta nueva luz para comprender mejor el desarrollo intelectual del creador de la teoría de la selección natural, a partir de aspectos poco conocidos de su vida personal y su compromiso político y moral con la sociedad de su tiempo.

En segundo lugar, el libro resulta especialmente interesante al reconocer la dimensión ideológica que envolvió desde sus orígenes el desarrollo del pensamiento evolucionista de Darwin y de otros autores de la época. Más concretamente, la obra supone un trabajo imprescindible para quien se interese en comprender, a partir del caso personal de Darwin, las profundas vinculaciones ideo-

lógicas que envolvieron el debate del siglo XIX sobre la evolución humana, en relación con la cuestión de la raza y de la esclavitud. Los autores aciertan al señalar con claridad que, durante todo el siglo XIX, «la esclavitud, la idea de raza, y el evolucionismo resultaron debates inseparables» (p. 279), y, en ese sentido, centran su objeto de estudio al modo en que la cuestión racial y el problema de la esclavitud conformaron el pensamiento de Charles Darwin.

Sin embargo, el libro presenta algunos aspectos problemáticos en su tesis central: reconocer que esa dimensión ética y, en concreto, el antiesclavismo de Darwin, fue el principal impulso para el desarrollo de las teorías evolucionistas darwinianas resulta una tesis histórica plausible, pero que no parece suficientemente justificada en el presente trabajo. En palabras de los propios autores, la principal fuerza motriz que empujó a Darwin a desarrollar sus teorías evolucionistas fue «la idea de la unidad de la especie humana» (p. 188). Es decir: la idea básica del monogenismo, la unidad específica del ser humano, cuyas variedades geográficas descenderían de un mismo tronco común, fue «secretamente extendida por Darwin hasta convertirla en la idea de la unidad biológica de toda las formas vivas» (p. 188). Ése es, quizá, el punto más flaco de la obra, y donde la fuerza de la argumentación histórica de los autores resulta más cuestionable.

Si, como los autores defienden, la lucha contra la esclavitud y la defensa de la abolición fue la «causa sagrada» que empujó a Darwin a realizar su tarea científica y a desarrollar su teoría de la evolución, parece difícil explicar porqué entonces en *The origin of species* no aparece mención alguna al problema de la unidad específica de la humanidad. En primer lugar, la idea de la transformación de las especies era un tema de controversia científica perfectamente establecida, al menos desde los tiempos de Lamarck, cuya discusión estaba planteada en términos independientes de la cuestión racial, y cuyo estudio científico presentaba un interés de primer grado en sí mismo, sin necesidad de relacionarlo directamente con el problema de las «razas humanas». Por otro lado, los autores no parecen prestar suficiente atención al hecho de que, cuando el libro apareció en 1859, ya existían varios tratados científicos que habían abordado la cuestión de la unidad o pluralidad de la especie humana desde un punto de vista eminentemente naturalista, tanto desde el punto de vista monogenista (p. ej. Prichard), como poligenista (p. ej. Nott-Gliddon). Si Darwin hubiera realizado todo su prodigioso trabajo con el fin principal de demostrar la unidad específica de la humanidad, por muy cauteloso que Darwin fuera en sus aseveraciones científicas, parece poco razonable que, ya existiendo varias obras científicas sobre el tema, Darwin ni siquiera mencionase de pasada el asunto que, como «primer motor», le habría movido a tan colosal esfuerzo intelectual durante décadas. La hipótesis sugerida por los autores, quienes apuntan a una simple cuestión de «precaución científica y algunos eventos acontecidos en la India» (p. 296), como los principales factores que «forzaron a Darwin a retrasar sus publicaciones sobre el ser humano» (p. 296) podría ser plausible, pero requeriría de mucha mayor justificación histórica que la que aparece en este trabajo. Con respecto a esos «acontecimientos en la India», los autores hipotetizan que fue la repentina muerte de Blyth (pp. 291-293), el principal proveedor Darwin sobre informaciones antropológicas sobre los nativos coloniales en la India, el factor decisivo que propició el silencio de Darwin acerca de la cuestión racial en *The origin of species*, a la espera de acumular más datos. Sin embargo tal hipótesis no está desarrollada sobre fuentes históricas en la presente obra.

Los autores comienzan rememorando el desarrollo temprano del universo intelectual y moral de Darwin, desde sus comienzos como joven naturalista apasionado por el contacto con la naturaleza y el estudio de la diversidad de las formas vivas en su Inglaterra natal. En este sentido, el libro supone una fuente preciosa que esclarece de forma inequívoca el decidido compromiso antiesclavista de la familia Darwin-Wedgwoods, aportando toda una serie de novedosas informaciones que esclarecen la decisiva influencia que esa ideología familiar tendría sobre el joven Darwin. Desde los tiempos de su abuelo Erasmus, ese universo intelectual familiar, decididamente inmerso en la tradición *Whig* de la época victoriana, moldeó inequívocamente la formación ética e ideológica de Charles desde su más temprana juventud.

Los autores repasan después la breve estancia de Darwin en Edimburgo, donde el evolucionista inglés tuvo sus primeros contactos con la craneología, y junto con ello, con algunas de las tesis racialistas que, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, servirían, para muchos, como legitimación biológica de la superioridad «blanca» sobre el resto de pueblos no europeos. La estancia de Darwin como estudiante en Cambridge, y la influencia que en el joven naturalista tuvieron figuras como el creacionista John Stevens Henslow, o el geólogo Adam Sedgwick, son repasadas con amenidad por Desmond y Moore. Los autores inciden con acierto en la importancia que, durante esos años de Cambridge, tuvo la estrecha relación establecida entre Darwin y un taxidermista mulato, John Edmonstont, quien enseñó al joven Charles las técnicas para el disecado de animales. Aquel contacto se convertiría, con el tiempo, en un elemento que contribuiría para reforzar las ideas antiesclavistas de Darwin, y su posicionamiento en defensa de la unidad específica de todas las variedades humanas.

A continuación, los autores abordan la forma en que el viaje a bordo del *Beagle*, donde Darwin pudo contemplar de primera mano los efectos de la esclavitud y del tráfico negrero en varios países, todo lo cual reforzó el convencimiento moral del joven Darwin sobre la esencial iniquidad de la esclavitud. Después de su vuelta a Inglaterra, las ideas raciales de Charles iban a entrar en progresiva contradicción con muchas de las ideas mantenidas por algunas de las figuras científicas más importantes de Inglaterra, como aconteció en el caso del principal mentor de Darwin, el geólogo Charles Lyell. Este último, como señalan Desmond y Moore, mantendría una posición cuando menos condescendiente con la esclavitud, como se desprende del estudio de los varios viajes que realizó a los estados confederados de Norteamérica, donde llegó a visitar plantaciones de esclavos y estableció vínculos de amistad con algunos notorios poligenistas norteamericanos.

Precisamente en la discusión que los autores realizan sobre el debate ochocentista entre las corrientes de pensamiento del monogenismo y poligenismo —respectivamente, partidarios de la unidad o la diversidad de especies humanas— encontramos otro de los puntos flacos de la obra. Tal vez como consecuencia de una casi exclusiva atención al mundo científico anglosajón, y en especial al ideario poligenista de pensadores como Agassiz —un creacionista—, los autores parecen, en ocasiones, establecer una especie de vinculación directa entre «poligenismo-creacionismo *versus* monogenismo-evolucionismo» (p. 296), lo que resulta una tesis histórica errada, si recordamos figuras tan importantes para la ciencia europea de la época como la del fijista-monogenista Armand de Quatrefages, o, por otro lado, los poligenistas evolucionistas Paul Broca, Ernst Haeckel, Carl Vogt... En ese sentido, se echa de menos en el libro un mayor esclarecimiento sobre la complejidad ideológica y científica del debate entre los partidarios de la existencia de una única especie humana y los defensores de la pluralidad específica de la humanidad. No puede establecerse un vínculo directo entre el pensamiento monogenista y el desarrollo del pensamiento evolucionista, como el que los autores establecen en ocasiones al afirmar cosas como que «mientras que los poligenistas extremos defendían que cada especie permanecía inmutable en el tiempo, Darwin demostró que cada especie (...) estaba en continua evolución» (p. 244). Ambas corrientes de pensamiento, el monogenismo y el poligenismo, habían aparecido en tiempos muy anteriores a los de Darwin y dentro de debates y controversias independientes del evolucionismo, que a veces se solapan y a veces se separan de él a lo largo de la historia de las ideas, pero que en ningún caso pueden identificarse de una forma tan simple como la que aparece en la presente obra. En cualquier caso, el libro presenta contribuciones importantes al respecto, al señalar acertadamente el trasfondo monogenista que se ocultaba detrás de las minuciosas investigaciones de Darwin sobre temas tan aparentemente alejados de las cuestiones humanas como el estudio de las variedades de palomas domésticas, o sobre la dispersión geográfica de las especies vegetales entre diferentes continentes. También resulta interesante el tratamiento dado por Desmond y Moore al progresivo distanciamiento de Darwin y Wallace, propiciado, entre otros factores, por sus divergencias en torno al problema de la evolución humana.

Por otro lado, la excesiva atención dada al pensamiento científico escrito en lengua inglesa lleva también a otros problemas a los autores. A la ya mencionada identificación casi naif entre mo-

nogenismo y evolucionismo darwiniano viene a unirse una aparente caricaturización del pensamiento evolucionista y de la antropología de origen no anglosajona, que, cuando no aparece simplemente ignorada en la obra, se presenta como anticuada y de cualidad científica esencialmente inferior al pensamiento evolucionista escrito en lengua inglesa. Por ejemplo, afirmar que «la única alternativa viable al poligenismo creacionista de Agassiz parecía ser la hipótesis darwiniana de un origen común» para, a continuación, despachar de un golpe todo el abanico europeo de ideas evolucionistas caricaturizándolo como «viejas versiones de transformismo francés» (p. 270), supone ignorar la forma decisiva en que el pensamiento de autores continentales tan importantes como [0]Buchner, Broca, Vogt, Royer, Haeckel... —todos ellos *poligenistas* y a la vez partidarios de la idea de la evolución—, influyó de forma incontestable en el pensamiento científico del propio Darwin. Más allá de eso, la obra presenta algunos errores históricos que, si bien no afectan al argumento principal de la obra, parecen poco justificables. Por ejemplo, en la obra se señala a Paul Broca —defensor de la existencia de varias especies humanas, pero notorio evolucionista—, como partidario de la «inmutable diferencia» de las razas (p. 339). También se señala a Schaaflhausen como el descubridor del cráneo de neanderthal (en realidad fue sólo el primero a realizar una descripción científica del cráneo, pero no su descubridor) (p. 339), y, sobre todo, se afirma que Carl Vogt era un decidido opositor de la esclavitud (p. 340), cuando este mismo autor, a pesar de sus avanzadas ideas sociales en numerosos campos, había hecho todos los esfuerzos científicos para probar que el «alemán» y el «negro» eran dos especies zoológicas diferentes, señalado en su obra «Lecciones sobre el hombre» que las plantaciones de esclavos podrían servir como un perfecto campo de experimentaciones científicas para estudiar las modificaciones de una raza humana.

Otro de los problemas de la presente obra es la imprecisión que caracteriza el sistema de citación adoptado en las notas bibliográficas, en las que se aglutinan, dentro de una misma nota, referencias a varios pasajes originales independientes, en ocasiones pertenecientes a diversas obras o manuscritos, todo lo cual dificulta el trabajo del especialista interesado en la identificación de los pasajes originales.

Para finalizar, la obra se destaca (además de de por toda la información valiosa y novedosa que presenta), por ciertos silencios o ciertos «asuntos callados» que llaman poderosamente la atención en una obra que se presenta a sí misma como rigurosa. En especial nos sorprende la falta de atención prestada al lugar ocupado por «The descent of man» dentro del pensamiento racial darwiniano. Parece difícil entender, en una obra como la presente, la falta de discusión en mayor profundidad de las ideas expuestas por Darwin en obras posteriores a «The origin of species», y, más en concreto, al apartado de «The descent of man» donde Darwin naturaliza «la extinción de las razas humanas», ofreciendo una perfecta justificación en términos evolutivos del exterminio de las «razas salvajes» a manos de las «razas civilizadas», como un proceso que obedecía estrictamente a leyes naturales. Las ideas manifestadas por Darwin en esa obra establecen una clara jerarquía biológica entre las «razas civilizadas» y las «razas salvajes», y predicen la suplantación y el dominio de estas últimas a manos de las primeras. Sin embargo, los autores apenas citan de pasada esas ideas en dos páginas (pp. 149-151), de un libro de casi quinientas. Esa ausencia parece poco justificable en términos de rigor historiográfico. Las críticas al pensamiento de Darwin nada tienen que ver con el intento de deslegitimar el pensamiento evolucionista en biología. Al reclamar una mayor atención a esos aspectos controvertidos del pensamiento darwiniano no se trata de indicar si Darwin fue racista o no, ni de sugerir que sus teorías precipitaron el avance del racismo, sino de estudiar cómo sus ideas —incluso reconociendo la paradoja de que en su momento supusieron el mayor freno para el poligenismo—, sirvieron como un cuadro de referencia teórico que aparentemente justificaba en términos naturalistas un sistema de dominación racial, muchas veces basado en prácticas genocidas, como el establecido en su época por el imperialismo colonial.

En definitiva, y a pesar de algunos aspectos problemáticos, nos encontramos con un libro de alto interés y recomendable lectura, tanto para especialistas como para el público general interesado



en el desarrollo de las ideas evolucionistas y, sobre todo, en el mundo intelectual y moral de Charles Darwin, uno de los científicos más influyentes de la historia.

Juanma SÁNCHEZ ARTEAGA  
CCHS, CSIC

NAVARRO BROTONS, Víctor; EAMON William, *Más allá de la Leyenda Negra. España y la Revolución Científica; Beyond the Black Legend: Spain and the Scientific Revolution*, Valencia, Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero, Universitat de València - C.S.I.C., 2007, 530 pp. [978-84-370-6791-9]

El presente volumen reúne las contribuciones a una conferencia internacional celebrada en Valencia en 2005, dedicada al tema de la «leyenda negra» y la historia de la ciencia moderna en el mundo ibérico. Como señalan los editores, Víctor Navarro Brotóns y William Eamon, el objetivo de aquel encuentro, y también del libro resultante, era, en primer lugar, plantearse si es posible dejar atrás, ir *más allá* del tópico de la «leyenda negra» en lo que a la historia de la ciencia moderna se refiere y, en segundo lugar, preguntarse en qué medida tiene sentido un relato de la Revolución Científica que no considere las aportaciones de ámbitos como el hispano o el portugués.

Es bien sabido que, hasta tiempos recientes, las contribuciones del mundo ibérico a la ciencia moderna han ocupado un segundo plano en la gran narrativa en torno a la «revolución de las ciencias» de los siglos XVI y XVII. En este sentido, el tópico de la «leyenda negra», al igual que la denominada "polémica de la ciencia española", han ejercido de lastre para la configuración de una visión histórica equilibrada acerca del modo en que España o Portugal participaron en el desarrollo del conocimiento científico durante este periodo.

La consecuencia no ha sido sólo que la aportación científica del ámbito ibérico haya sido insuficientemente evaluada. También, en gran medida, el desarrollo de un área dentro de la propia disciplina de la historia de la ciencia dedicada al estudio de estas contribuciones se ha visto limitado por esta visión negativa; especialmente en el caso de los centros académicos extranjeros, donde este tipo de investigación se ha venido llevando a cabo, en muchos casos, en espacios transdisciplinares, no necesariamente vinculados al campo de los estudios de la ciencia: departamentos de *Spanish and Portuguese studies*, de historia del arte, de filología hispánica, etc. Aunque, como señala uno de los autores que participan en este volumen, no debemos culpar únicamente a la historiografía internacional de esta situación, pues parte de la responsabilidad la tiene la propia tradición ibérica y su manera de trabajar estos temas: ausencia de publicaciones y traducciones en otros idiomas, falta de visibilidad, etc.

El presente libro constituye un esfuerzo por romper con este extrañamiento y abrir el camino a una reflexión historiográfica más abierta, más completa. Desde un punto de vista teórico busca superar el gran prejuicio de la «leyenda negra» por medio de una revisión concienzuda de las bases que han dado lugar a esta imagen del contexto científico ibérico como obsoleto y antimoderno. Pero, también, desde una perspectiva práctica, el libro constituye un ejercicio de normalización de un estado de la cuestión, el de la historia de ciencia moderna en el mundo ibérico, cada vez más rico y dinámico. Pruebas de esto último son no sólo el número o el grado de internacionalización de los autores que participan en el volumen sino también el hecho de que muchos de los trabajos reunidos aquí se hayan convertido, un tiempo después, en importantes monografías que están cambiando nuestra forma de entender la

historia de la ciencia moderna; por citar algunos ejemplos: Antonio Barrera-Osorio (*Experiencing Nature. The Spanish American Empire and the Early Scientific Revolution* [2006]), Jorge Cañizares-Esguerda (*Puritan Conquistadors. Iberianizing the Atlantic, 1550-1700* [2006]), Daniela Bleichmar (*et al (eds.), Science in the Spanish and Portuguese empires 1500-1800* [2009]), o María M. Portuondo (*Secret science. Spanish cosmography and thze new world* [2009]).

La propia estructura del libro, aunque responda a los mismos criterios que debieron servir para organizar las sesiones del encuentro, es una muestra de este afán por cubrir áreas temáticas de gran actualidad. Así, tras un prólogo de José María López Piñero, y unas reflexiones de orden historiográfico a cargo de los editores del volumen, que sirven, a modo de introducción, para establecer el marco teórico de la discusión, las contribuciones aparecen agrupadas en seis apartados.

El primero de ellos lleva por título **Alchemy, Hermeticism, and Astrology** y reúne trabajos en torno a la recepción de Paracelso, el desarrollo del pensamiento hermético y la práctica de la astrología en España en la edad moderna, temas que apenas han sido considerados por la literatura internacional sobre la historia de la alquimia y de las ciencias ocultas. En segundo lugar, el bloque denominado **Iberian Science in an Imperial Setting** está dedicado a explorar las dimensiones imperiales de la ciencia española y portuguesa, y a poner, de paso, en evidencia la paradoja, ya señalada en la introducción, de cómo la historia de la ciencia tradicional pudo asumir acriticamente la idea de que la contribución al desarrollo del conocimiento científico del imperio más importante de la temprana edad moderna no fue ni sustantiva ni digna de ser narrada. Los textos aquí reunidos prestan especial atención al tema de la circulación: circulación de individuos, de mercancías, de información, de objetos de conocimiento, desde una parte a otra del espacio imperial. En relación con esto, el tercer grupo de trabajos ofrece una reflexión en torno a los resultados de esta activa circulación: la acumulación, y su deriva, **From Natural History to the Encyclopedia**. Es decir, el proceso que va desde la recopilación de datos o especímenes a nivel local, especialmente en los territorios del Nuevo Mundo, a la elaboración de compendios de carácter universal y enciclopédico o a la creación de colecciones misceláneas, repositorios, ambos, textuales y materiales, no sólo de erudición sino también de curiosidad y fascinación. Es interesante, en este grupo de textos, el análisis que se hace de las diferentes retóricas relacionadas con la búsqueda del conocimiento: la de la maravilla, asociada a los *Wunderkammern*, la cabañerresca, en el caso de la conquista, política e intelectual, de América, o la de la literatura del Barroco. Un tema, este último, que apunta a otra paradoja interesante, a la que se hace alusión en el libro, pero que no se discute en todo su potencial: el desarrollo en el ámbito hispano moderno de una cultura dedicada a las artes y a las letras que alcanzó durante este mismo periodo su momento de máximo esplendor, su *Siglo de Oro*, y que, a diferencia de la ciencia hispana, ha gozado de una recepción y una atención crítica internacional mucho más rica y positiva. Por no hablar de la relación entre ciencia moderna y cultura del Barroco, un tema apenas mencionado en el libro, que podría haber dado lugar a una interesante discusión sobre ciencia, religión y cultura visual.

La cuestión de la gestión espacial del conocimiento vuelve a ser tratada en el cuarto bloque temático, titulado **Courts Distant and Near: Patronage and Science in Spain, Italy, and the Netherlands**. El interés de las contribuciones aquí reunidas radica, sobre todo, en la novedad de los espacios analizados —Nápoles, Sicilia, los Países Bajos españoles—, cuya relevancia en la historia de la ciencia cortesana europea apenas había sido evaluada. El quinto apartado del libro, **Medical Theory and Practice**, está reservado a la historia de la medicina, una de las áreas de la ciencia ibérica mejor atendidas por la historiografía. Los temas aquí tratados, como bien señala el título, aluden tanto a cuestiones de orden teórico como práctico: desde el análisis del contenido de los tratados de cirugía del siglo XVI al estudio de mecanismos de control del ejercicio médico como, por ejemplo, el tribunal del Protomedicato. Pero también se revisa la historia de dos colectivos interesantes, muy característicos de la historia de la ciencia peninsular: el de los médicos judíos conversos y el que dio lugar al movimiento novator, a partir de las décadas finales del siglo XVII. El amplio marco temporal cubierto por estos trabajos, desde finales del siglo XV hasta principios

del siglo XVIII, es una muestra del afán de este libro por considerar no sólo el periodo de la ciencia hispana mejor estudiado, el siglo XVI, sino también su desarrollo posterior en la centuria siguiente. Finalmente, bajo el epígrafe **Mathematics, Cosmography, and Technology**, el último grupo de textos aborda temas como el desarrollo de la cosmografía ibérica y su relación con las técnicas de navegación en la época de los viajes de exploración, o el estatus del conocimiento matemático en los espacios académicos de España y Portugal en el siglo XVII. Es significativo que se haya dejado este bloque temático para el final del libro, pues se invierte, de alguna forma, el orden habitual de exposición en los relatos sobre la Revolución Científica, que abordan, en primer lugar, las áreas propias del conocimiento físico-matemático y consideran, después, otros campos del saber como, por ejemplo, la historia natural.

El libro se completa con una extensa bibliografía, tanto de fuentes primarias como secundarias, que, sin duda, constituye una de las aportaciones más útiles de cara a la difusión de la labor realizada durante los últimos años en torno a las cuestiones discutidas en los textos; una bibliografía que deberá actualizarse, como ya se ha señalado, con las obras que han resultado de muchos de los trabajos reunidos en este volumen.

Por otro lado, también en relación con la difusión, y normalización, de un estado de la cuestión dinámico y productivo, es destacable el hecho de que más de la mitad de las contribuciones del libro estén escritas en inglés, lo cual facilita sobremanera el acercamiento del lector internacional a estos temas.

Este libro, en definitiva, logra demostrar hasta qué punto es inconsistente y limitadora una aproximación a la historia de la ciencia moderna que considere el mundo ibérico como un elemento menor, irrelevante y marginal. Frente a una narrativa tradicional, consagrada a los mismos protagonistas y a los mismos ámbitos, las contribuciones aquí reunidas dan cuenta de la necesidad de incorporar al relato nuevos espacios, nuevos personajes, nuevos temas.

José RAMÓN MARCAIDA  
CCHS, CSIC

WEGENER, Alfred, *El origen de los continentes y océanos*. Traducción de Francisco Anguita Virella y Juan Carlos Herguera García. Introducción de Francisco Pelayo López. Epílogo de Francisco Anguita Virella. Barcelona, Crítica, 2009, 392 pp. [ISBN: 978-84-9892-018-5]

La colección «Clásicos de la Ciencia y de la Tecnología», dirigida por José Manuel Sánchez Ron y dedicada a difundir fuentes imprescindibles de la ciencia del pasado, se incrementa con este nuevo título, que difunde entre el público lector en español la gran obra de Alfred Lothar Wegener, *Die Entstehung der Kontinente und Ozeane*. La primera traducción, de 1924, a cargo de Vicente Inglada, fue publicada por la *Revista de Occidente*. La versión que aquí reseñamos corresponde a la que realizaron en 1983 Francisco Anguita y Juan Carlos Herguera para la editorial Pirámide, que ahora Crítica reedita con un estudio introductorio ex profeso de Francisco Pelayo, al tiempo que mantiene como epílogo el que en su día preparó el propio Anguita. Dicha traducción, que logra mantener el estilo persuasivo del original, viene ahora presentada en un bello formato, con buenas reproducciones de las imágenes.

Wegener es uno de los personajes más populares en la historia de las ciencias de la Tierra. Los juicios negativos que su teoría de la deriva continental generó por aquello de ser un advenedizo entre los geólogos, su condición de científico explorador y su muerte en Groenlandia en el transcurso de una expedición, nimbaban su figura con los atributos del héroe. La construcción de un Wegener así debe mucho, desde luego, a la irrupción de la tectónica de placas como paradigma en los años sesenta; la nueva

teoría buscó antecedentes entre las soluciones basadas en la movilidad de los continentes que venían siendo formuladas desde varias décadas antes. Lógicamente pues, Wegener, que unía a los atributos mencionados el ser autor de una teoría ciertamente elaborada, fue proclamado glorioso antecesor y genio adelantado. La historia, sin embargo, como siempre sucede, no era tan simple, como bien relata Pelayo en su amplia y documentada introducción, que parte de las controversias paleobiogeográficas de las décadas centrales del siglo XIX para fijar el estado de las cuestiones en que se fijará Wegener ya en el comienzo del siglo XX. La teoría de éste es razonablemente sintetizada a continuación; la introducción, finalmente, se cierra con una aproximación a la recepción de la deriva continental en España, durante la década de los veinte, a través de la labor divulgadora de personajes como Lucas Fernández Navarro, Juan Dantín o el ya mencionado Inglada. El enfoque hacia el pasado de Pelayo queda eficazmente complementado por el epílogo de Anguita, que pone en relación la teoría de Wegener con la geología posterior a la asunción de la tectónica de placas. Cierto es que se trataba de un texto de plena actualidad en 1983, y que lógicamente se resiente de los avances de los últimos veinticinco años; no obstante, sigue siendo útil para situar históricamente el contexto de relectura de Wegener bajo un marco paradigmático distinto al del momento en que su obra fue concebida.

Siempre es oportuno reeditar los clásicos, sea cual sea el ámbito de conocimiento de que se trata. Muchas editoriales dejan notable espacio en sus catálogos a la reedición, y en su caso traducción, de obras inmortales, no solamente de la literatura universal, sino también de la filosofía o incluso de la historiografía. Parece que cuesta más lograr esto con las relativas a las ciencias de la naturaleza. Por ello, aportaciones como la presente deben ser bienvenidas. *El origen de los continentes y océanos*, naturalmente, no puede faltar en las bibliotecas del historiador de la ciencia o del especialista actual en ciencias de la Tierra. Pero su lectura también es provechosa para un público más amplio, que deseoso de saber sobre el mundo que habita, hallará en sus páginas la fascinación que siguen generando tanto el autor —con sus marcados perfiles de hombre de acción comprometido con el saber— como su teoría, la cual, aun superada en muchos de sus extremos, presenta una visión genialmente coherente del funcionamiento de nuestro planeta.

Jesús I. CATALÁ GORGUES  
Universidad CEU Cardenal Herrera

BOROWY, Iris, *Coming to Terms with World Health. The League of Nations Health Organisation 1921-1946*. Frankfurt am Main: Peter Lang GmbH Internationaler Verlag der Wissenschaften, 2009, 510 pags. [ISBN 978-3-631-58687-7].

Este es de esos libros de los que, en cuanto les echa uno la vista encima, advierte que van a ser de obligada consulta por mucho tiempo. Porque aborda un problema mal conocido, la historia de la primera organización mundial sanitaria, que abreviaremos como OHSN (Organización de Higiene de la Sociedad de Naciones) y porque lo hace con minuciosidad casi exhaustiva en el manejo de unas fuentes de archivo únicas, desde una posición nada doctrinal, crítica a la vez que empática con el objeto de su biografía.

La OHSN ha sufrido el dudoso privilegio de ser prácticamente olvidada a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, en primer lugar por el empeño consciente de los gobiernos vencedores y sus administraciones sanitarias, más interesadas en promocionar la nueva Organización Mundial de la Salud; sin embargo, las raíces doctrinales e institucionales de esta organización de salud de las Naciones Unidas han de buscarse necesariamente en la actividad transnacional sanitaria del periodo de entreguerras, en particular

de la institución que estudia este libro. Recordemos que la definición holística de salud como bienestar físico, psíquico y social fue incluida por la OMS en su constitución (1948); el mismo año, el art. 25-1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada por la Asamblea general de la ONU, proponía que «Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar». Esta identificación entre salud y bienestar, o condiciones de vida y salud, con el componente de obligación política para la comunidad que supone su formulación estratégica como derecho de los individuos, no resultó de ninguna revelación súbita; por el contrario, procedía directamente de las reflexiones, propuestas y actividades médico-sociales del periodo anterior, y, singularmente, en tanto que tradición supranacional, de la OHSN. Aquí radica el interés creciente en los últimos años por conocer en profundidad dicha institución, un objetivo pendiente para la historiografía hasta la redacción del libro que comento.

Su autora, una activista en los foros internacionales de historia de la medicina y la salud del siglo XXI, organizadora de la red sobre *Interwar Health*, coordinadora en sesiones sobre enfermedad y salud de la *European Social Sciences History Conference* y del Comité científico de la EAHMH, es una reconocida experta en la historia de la salud internacional contemporánea, que había anunciado su dedicación a la solución de dicho problema en artículos publicados en *Continuity and Change*, *Hygieia Internationalis*, *Sozial.Geschichte*, *ZfG* o *Dynamis*, así como en sus compilaciones con títulos como *Facing Illness in Troubled Times. Health in Europe in the Interwar Years, 1918-1939*, coeditada con W.D. Gruner, 2005; *Of Medicine and Men: Biographies and Ideas in European Social Medicine Between the World Wars*, coeditada con Anne Hardy, 2008, y *Uneasy Encounters: The Politics of Medicine and Health in China 1900-1937*, 2009, todas ellas aparecidas en la misma editorial que publica el libro que comento —volúmenes que dan fe de una estimable capacidad de aunar voluntades y provocar complicidades intelectuales. El libro que comento aquí no sólo vendrá a consolidar el reconocimiento internacional de su autora, miembro de pleno derecho del selecto club que alberga a los Weindling, Farley, Gillespie, Cueto, Solomon, Murard y Zylberman, entre otros, sino que, en diálogo con esos trabajos plurales, les dota de mayor relevancia y compone con ellos un retablo de la política de salud, fundamentalmente europea, del periodo de entreguerras tan ambicioso como riguroso. En particular, los compendios de biografías y sobre China son unos espléndidos corolarios que completan y afilan las aportaciones del texto principal.

Este se divide en cuatro apartados, respectivamente denominados *The Rise*, *The Basis*, *The Social Determinants of Health* y *The Fall*, en los que se narran las vicisitudes de la institución historiadada —sólidamente apoyada, como ya he indicado, en los archivos de la propia organización internacional que se conservan en Ginebra—, desde su constitución hasta su desaparición, siguiendo un hilo cronológico que, a la vez, es el de su constitución y desarrollo, más los imprescindibles de Introducción, Conclusiones, Anexos, Bibliografía e Índice temático. Sin embargo, la división no es enteramente cronológica, aunque, como es conocido, las actividades y preocupaciones más explícitamente sociosanitarias de la OHSN a las que se refiere en el apartado tercero, se hicieron patentes sobre todo en la década de 1930, ya que lo que hace la autora es distinguir, a mi parecer con acierto, entre las actividades básicas y permanentes de la Organización, que anclan sus raíces en la salud pública tradicional (la recogida e intercambio de información epidemiológica, el intercambio de expertos, los problemas de la homogeneización y normalización de sueros y vacunas, el estudio de las enfermedades de elevada prevalencia) y las que se derivan de un entendimiento típicamente médicosocial del fenómeno salud/enfermedad, en los momentos consecutivos a la gran depresión de 1929 (tal es el caso de los estudios y propuestas sobre salud rural, alimentación y vivienda). El que, de entrada y de manera permanente, la misión de la OHSN fuera una prolongación de lo que había venido siendo la Oficina Internacional de Higiene Pública (OIHP: París, 1903) no quita para que, de inmediato y especialmente merced a la intuición y decisión de Ludwick Rajchman (1881-1965), su principal ejecutivo como director del Secretariado permanente de la OHSN, el trabajo de esta adquiriera unos matices innovadores y unos contenidos que la dotan de originalidad y que permiten conceptualarla como la primera agencia experta en sanidad internacional. No en vano, sin desprenderse del todo del eurocentrismo que infundía el trabajo

## LIBROS

de la OIHP, la OSHN intervino eficazmente en Asia y el Pacífico, así como intentó, con menos fortuna, intervenciones en África y en América latina. Borowy desmenuza con la minuciosidad que ya he indicado las complejas tramas de relaciones interpersonales, intrasocietarias e intergubernamentales que sustentaron, condicionaron y a veces limitaron el trabajo de la OHSN, discute lúcidamente su papel político como contribución a la función de la SN de procurar la paz, con sus luces y sus sombras, y detalla de modo preciso acciones, inversiones y novedades conceptuales y de metodología sanitaria derivadas de las mismas. En la opinión de la autora, la herencia de la OHSN alcanza un triple sentido: conceptual, institucional y político. En lo conceptual, entronizar una visión de la salud como un bien social, con las consecuencias en el terreno de las definiciones y los Derechos Humanos ya citadas; en lo institucional, mostrar las posibilidades que aportaría la actuación de una agencia de expertos no vinculados a ningún gobierno nacional; en lo político, sustentar la obligación de los estados con respecto a la salud/enfermedad de sus ciudadanos. Como vemos, son rasgos imbuidos en el mundo actual y que aún marcan la agenda del movimiento sanitario en nuestros días.

Esteban RODRÍGUEZ-OCAÑA  
Universidad de Granada